XX

EL RETORNO DEL EMPERADOR DE MÉXICO

Los médicos del ejército juarista comprobaron la muerte de Maximiliano y de sus compañeros. Los cadáveres, envueltos en sábanas de lienzo burdo, fueron puestos en ataúdes que ya estaban preparados en el lugar del suplicio. El del emperador era demasiado pequeño; sobresalen los pies. El coronel Palacios, a la cabeza de sus hombres, lleva al convento de las Capuchinas el cuerpo del fusilado. Los despojos de Miramón y de Mejía han sido entregados a sus respectivas familias, de acuerdo con las órdenes de Juárez.

En las calles de Querétaro, las personas, silenciosas, miran pasar el fúnebre cortejo. Un oficial ve a una mujer que llora. Se dirige hacia ella, pistola en mano.

—¿Por qué esas lágrimas?

—Por mi emperador —responde ella.

Él la agarra por el brazo, pero, en menos tiempo de lo que dura un relámpago, ella saca un cuchillo, hiere al hombre y logra escapar. Otras mujeres, llorosas como ella, son detenidas.

En el convento, colocan el cadáver sobre una mesa en la capilla. Palacios manda buscar a Basch, a los oficiales de Maximiliano y a sus seguidores. "He aquí la obra de Francia", dice. Luego dirigiéndose al médico le dice que el embalsamiento lo harán dos de sus colegas mexicanos. Podrá, si quiere, asistir a la operación.

El cuerpo tiene cuatro heridas en el pecho: tres en el lado izquierdo y una en el derecho. La primera bala pegó en la cabeza.

Al terminar el día llegan Riva de Neyra, médico jefe del ejército juarista, y Licea. Se ponen al trabajo, fumando y riendo. Licea hunde un cuchillo en el cadáver. "¡Que voluptuosidad —exclama— lavarme las manos en la sangre de un monarca!" Palacios, presente en la operación, da muestras de una ferocidad mayor todavía. Señalando las dos cubetas que contienen los intestinos, dice: "Deberían dárselos a los perros". Luego los vuelca sobre el cuerpo. "Querías una corona. Aquí tienes una que debería agradarte". El corazón permanecerá durante todo el día sobre un banco.*

Al cabo de una semana, termina el embalsamiento. Se procede a vestirlo; pantalón negro, botas militares, larga levita azul con botones dorados que Maximiliano usaba lo más frecuentemente, cerrada hasta el cuello, corbata, y guantes de cabritilla negra. Se hubieran necesitado ojos azules para las órbitas vacías. Pero en vano los buscaron entre las estatuas de los santos. Todos éstos tienen una mirada sombría. También tomaron los ojos negros de una Virgen de la catedral. Como a los liberales no les preocupa cortar mechones de pelo de la cabeza y de la barba, el cadáver no tiene casi parecido con Maximiliano.

Lo colocan en un ataúd de madera de cedro, más decente que el primero. Un cristal, encima, permite ver la cabeza que reposa en un cojín de terciopelo negro bordado de oro, ofrecido por las religiosas carmelitas. Lo cubre un lienzo de terciopelo negro bordado de oro, regalo de las damas de la ciudad. Lo depositan en una de las iglesias de Querétaro a la vista de todo el mundo y luego lo llevan en seguida a casa del gobernador de la ciudad encargado de asegurar su conservación.

Desde el 19 de junio por la noche, el barón Lago, en nombre del gobierno austriaco, telegrafió para que se le entreguen los despojos de Maximiliano. Juárez se negó brutalmente. "Motivos graves se oponen a que os sea concedido el derecho de disponer del cuerpo de Maximiliano".

El 29 de junio, otra gestión: el barón Magnus, que está de regreso en San Luis Potosí, recuerda el deseo de Maximiliano de ser llevado a Austria después de su muerte. El ataúd, dice, será transportado sin ninguna ceremonia. La misma respuesta. "...Por diversos motivos, el gobierno de la República

* Probablemente fue en esos momentos cuando fue recogido por el fotógrafo Aubert que lo puso en un frasco con alcohol de 90 grados cerrado con tapón esmerilado. Cuando murió, su sobrino encontrará el frasco con un certificado del doctor Licea que atestigua que aquél es ciertamente el corazón de Maximiliano; y además otros recuerdos: algunos cabellos de su barba, fotografías tomadas en Querétaro, croquis de la ejecución.

no cree poder permitir el retorno a Europa de los restos del archiduque".

El 27 de julio, tercera petición. En esta ocasión del doctor Basch. "Considero como un deber sagrado cumplir con el último deseo expresado por mi señor... Jamás en ninguna época ningún gobierno ha rehusado entregar el cuerpo a los parientes que lo reclamaban..." No, declara el ministro, esa petición no puede ser concedida "por diversos motivos".

Durante ese tiempo se descompone el cadáver de Maximiliano, por haber sido defectuoso el embalsamiento. El cristal estaba roto; el paño mortuorio lleno de tierra y manchado. Nadie le prestaba ya atención a aquel ataúd relegado en un rincón, en el entresuelo de la residencia del prefecto. Pero el 25 de agosto entra en el puerto de Veracruz la fragata austriaca *Novara,* y es ahora el almirante Tegetthoff quien se dirige a Juárez en nombre de la familia imperial. El almirante Tegetthoff, el célebre marino austriaco, vencedor de Lissa. Se dirige el 3 de septiembre a casa del ministro Lerdo de Tejada, acompañado por los abogados del emperador, Martínez de la Torre y Riva Palacio.

—¿En calidad de qué venis? —le pregunta el ministro.

—Creí que el gobierno mexicano preferiría que no viniese yo en misión oficial, sino sólo como embajador de la familia invocando la humanidad, la piedad. Vengo de parte de la archiduquesa Sofía.

Juárez empieza a comprender que no puede ya persistir en su actitud de negativa sin incurrir en la censura del mundo civilizado. E invoca un pretexto que justifique la actitud que se ha guardado hasta el presente. Ni Basch, ni los diplomáticos le han traído, dice, en apoyo de sus peticiones, una pieza oficial que provenga del gobierno austriaco o de los parientes de Maximiliano. El almirante no puede presentar, tampoco él, ningún documento escrito. Cuando pueda mostrar uno, se satisfará su petición.

Gracias a esta demora, podrán poner más presentables los despojos de Maximiliano. Desde Querétaro se le conduce a la capital de la República y se los deposita en la capilla del hospital de San Andrés. Por estar muy avanzada la descomposición, el gobierno ordena que vuelva a procederse el embalsamiento, y para ello designa a tres médicos: Agustín Andrade, Rafael Ramiro Montario y Felipe Buenrostro. Cuando abren el ataúd, el olor es insoportable y se comprueba que el rostro está muy hundido. Se decide entonces emplear un procedimiento por desecación parecido al de los antiguos egipcios. Sumergen al cadáver en un baño de arsénico y luego lo

cuelgan con cuerdas del techo de la capilla a fin de que puedan escurrirse los agentes líquidos de la putrefacción. Permanecerá así muchos días durante los cuales a nadie se le permitirá verlo. Cuando terminan la operación, se procede a vestir el cadáver. Visten de nuevo el cuerpo con un traje negro.

Juárez va a visitar a su adversario. Quiere juzgar por sí mismo la manera como se ha efectuado el nuevo embalsamiento. Viene una noche acompañado de su médico, don Ignacio Alvarado, que sostiene una lámpara encendida. Con las manos tras la espalda, mira fijamente al emperador a quien ha vencido. En voz alta observa que aquel hombre tiene las piernas demasiado largas para su torso y su amplia frente, agrandada por la calvicie, produce una falsa impresión de inteligencia superior. Luego, señalando con un movimiento de cabeza el cadáver: "Ya no hiede".

Maximiliano fue colocado en un nuevo ataúd de madera de granadilla, un ataúd barnizado y esculpido que costó sesenta y cinco dólares. Ahora ya se le puede entregar a la famila sin incurrir en el reproche de bárbaros.

El 4 de noviembre llega un mensaje del canciller De Beust, el cual, después de una alusión discreta a "la prematura muerte" de Maximiliano, expresa el deseo que tiene la familia imperial de ver "reposar sus restos en la bóveda que cubre las cenizas de los príncipes que pertenecen a la casa de Austria". Juárez da entonces su autorización para que se entregue inmediatamente el ataúd al representante de Austria. Y el 12 de noviembre, a las cinco de la mañana, dos coches escoltados por trescientos hombres, se detienen ante el hospital de San Andrés.* El conde Tegetthoff, hermano del almirante, los ayudas de campo Von Goal y Hennebig y el doctor Basch rodean el féretro y luego toman con él el camino de Veracruz. Allí, el 25 de noviembre, el almirante recibe el cuerpo que pasará la noche en la iglesia parroquial. Al día siguiente por la mañana, a las seis, se le iza a bordo de la fragata *Novara* y se le coloca en una capilla improvisada. En el mismo navío van los prisioneros belgas y austriacos cuya libertad obtuvo el almirante.

* Se celebró un servicio fúnebre en la iglesia de San Andrés en el primer aniversario de la ejecución del emperador. Un jesuita italiano, el padre Cazalieri, al hacer el panegírico de las víctimas, atacó violentamente al Partido Republicano y al gobierno. Unos días después, Juárez, conversando con Baz, gobernador de la capital, le preguntó: "No conoce usted a un señor Baz, que pueda demoler esa capilla?—Sí lo conozco, le hablaré de ello", respondió Baz. Poco después la capilla fue destruida.

Levan anclas el día 4 de diciembre. Maximiliano se va en su viejo barco almirante que, tres años antes, lo trajo a México.

*
* *

En el salón de la fragata, con negras colgaduras, descansa el ataúd. Alrededor de él, arden cirios colocados en seis grandes candeleros de plata. Única nota de color: las banderas austriaca y mexicana. Se levanta allí un altar rematado por un crucifijo. Vigilan un centinela y el fiel Tudos.

En Trieste esperan la llegada de la *Novara*.

El 16 de enero el carro fúnebre destinado a recibir el ataúd para transportarlo hasta la estación, se dirige al muelle San Carlo en donde está reunida una silenciosa multitud. De catorce pies de alto y enteramente cubierto de paño negro, lleva cuatro cojines de terciopelo donde pueden verse la corona imperial, dos coronas principescas, y las insignias de las cuatro órdenes de las que Maximiliano era gran cruz: el Toisón de Oro y San Esteban, Guadalupe y el Águila Mexicana. Los seis caballos que tiran del carro son conducidos cada uno de ellos por un postillón.

A las nueve y media, una galera con colgaduras negras se dirige hacia la *Novara*. El ataúd, cubierto con las banderas austriaca y mexicana, se trasborda a ella. La rodea una guardia de honor seguida de una procesión de barcos.

En el muelle esperan los archiduques Carlos Luis y Luis Víctor los despojos de su hermano. Colocan a éste en el carro que se sacude con el estruendo de las salvas disparadas por los fuertes y los navíos.

Avanza a través de las calles empavesadas con banderas enlutadas de crespones, precedido por destacamentos de tres regimientos de línea y de artillería de marina. Luego viene el clero, el cabildo municipal, los archiduques, el almirante Tegetthoff, el cuerpo de los oficiales, las corporaciones de Trieste, la marina mercante. Una detención en la iglesia para la bendición del cuerpo, y luego el lento cortejo se dirige hacia la estación.

En tren especial el cuerpo parte para Viena. Nieva tan copiosamente, que el tren se retrasa en la garganta de Semmering. Llegará a Viena a la noche siguiente. Espera una multitud que seguirá al carro fúnebre hasta la Hofburg. Una compañía de húsares de la guardia imperial lleva antorchas cuyo resplandor se refleja en las brillantes armas y en las plumas que se mueven. La nieve continúa cayendo y llega el

ataúd, completamente blanco, al palacio donde Sofía, rodeada de sus hijos, está dispuesta a recibir a Max.

Viendo al través del pequeño cristal el pálido rostro de su favorito, se arroja llorando sobre el ataúd. No se oye nada más que sus gemidos que desgarran el silencio.

A medianoche levantan el catafalco, rodeado de doscientos cirios, en la capilla imperial, cerca del altar. La archiduquesa quiere velar con la guardia de honor. Se ha preparado un lecho para ella en caso de que se desmaye. Sofía permanecerá cerca de su hijo hasta el alba.

Durante la mañana viene a desfilar una multitud que pertenece a todas las clases sociales, para rendirle un último homenaje a este príncipe tan popular. El 20 de enero, a las tres, se transporta el ataúd a la iglesia de los Capuchinos para la misa solemne de réquiem que precederá a la entrada en la cripta, última morada de los Habsburgo. Funerales oficiales a los que asisten los embajadores de las potencias extranjeras, todos, excepto uno, el de los Estados Unidos de Norteamérica, que quieren ignorar a Maximiliano emperador de México tanto en la muerte como durante su vida. Están representados la reina Victoria, el emperador Napoleón III y el rey de Prusia. Este último fue el único que intentó salvar a Maximiliano.

Se encuentran allí algunas de las personas íntimas del emperador, Bombelles, Eloin, Basch y Blasio, que obtuvo permiso para salir de México. Únicamente otros dos mexicanos están presentes: Don Gregorio Barandiarán, ministro de México en Viena, y un secretario, don Ángel Núñez. Blasio observa amargamente: "Todos los notables de la corte imperial, ministros, consejeros, altos funcionarios, están en Europa pues huyeron de la república. Pero ninguno de aquéllos a quienes Maximiliano les prodigó honores y fortuna, está presente".

Finalmente, desciende Maximiliano a la cripta donde se le coloca en un sarcófago de mármol que un funcionario de la corte encierra con una llave de oro. Su madre coloca encima un ramo de flores en forma de abanico, de flores rojas y blancas que el emperador había enviado al principio de su reinado. Fue un regalo de los indios de Xocotitlán, aquellos indios que antaño lo aclamaron tanto. Un trozo de papiro unido a las flores tiene escritas unas líneas en azteca: "Vos, muy honorable emperador nuestro, mirad a vuestros humildes hijos, a estos indios que han venido a saludaros. Este homenaje os manifestará que vuestra llegada regocija a nuestros corazones, porque ven en esto una luz que disipa las tinieblas sobre nuestro México ensombrecido. Dios os ha enviado y es Él quien os da vuestro poder sobre nosotros. Aquí están estas

flores... Con ellas, los hijos de Xocotitlán señalan que os reconocen como padre..."

En el sarcófago vecino al de Maximiliano, reposa Franz, duque de Reichstadt, Napoleón II. El destino tiene estas reconciliaciones.*

* En diciembre de 1940 las cenizas de Aguilucho fueron llevadas a París. Pero su corazón encerrado en una urna de plata permaneció en Viena en la cripta de los Capuchinos.